

“Las peñas literarias de Buenos Aires”

por Antonio Requeni. (6-VIII-1998)

La peña reunión o tertulias de seres unidos por afinidad de intereses, actividades o de simple simpatía amistosa, tiene una larga tradición que se vincula con la necesidad del hombre de comunicarse, de conjurar la soledad. La peña no es una institución privativa de una clase sino un hábito que ha abarcado siempre todos los niveles sociales y culturales, desde los arcópagos literarios de la Grecia clásica a las ruedas de parroquianos que discuten en una mesa de café las alternativas del último partido de fútbol o la mejor manera de enderezar el mundo.

En esta ocasión trataré de ofrecer un panorama de las peñas de Buenos Aires, particularmente de las que congregaron a poetas, artistas, periodistas y otros bohemios consuetudinarios durante un tiempo en el que aún había tiempo para despilfarrar en diálogos más o menos morosos o chispeantes; épocas felices en las que era habitual ver conciliados verdad y pintoresquismo, pobreza y alegría, talento y desinterés.

En relación con la ciudad de ayer, Buenos Aires exhibe una opulencia digna de las urbes más modernas pero, acaso, en algunos aspectos, se ha empobrecido. ¿Qué se hizo de aquellos viejos bares y cafés del centro donde siguiendo la tradición madrileña o parisina -también abolida en esas capitales- los porteños acostumbraban a reunirse, ya no para matar el tiempo sino para desmenuzarlo, ritualmente, en estirados diálogos, o acribillarlo con los golpes frenéticos del cubilete sobre la mesa de “general”? Alguno sobrevive, es verdad, pero poco a poco van desapareciendo del mapa urbano.

Aquel hombre “que está solo y espera” del que Raúl Scalabrini Ortiz habló en un libro de vasta difusión, sigue estando solo pero ya no tiene tiempo de esperar. Tampoco le quedan sitios donde sentarse con los muchachos -no importa si de veinte o sesenta años- para hablar de política o de fútbol. Sin embargo, la costumbre de la tertulia o peña fue una necesidad para los porteños de 40 o 50 años atrás, especialmente entre los miembros de tipología social prácticamente extinguida en nuestros días: la bohemia.

Pero vayamos a nuestra historia. En mi libro “Cronicón de las peñas de Buenos Aires” me referí a peñas que tuvieron su auge a lo largo del siglo XIX, grupos de hombres y mujeres que en tiempos de la Colonia y la Gran Aldea alcanzaron significativa gravitación. ¿No fueron peñas las sociedades secretas en las que se reunían nuestros próceres? ¿No fue la tertulia de la Jabonería de Vieytes, en la

calle México de 1050 al 1062, una verdadera peña?. También lo fue, más cerca de lo que hoy concebimos por tal, la que regentaba Joaquina Izquierdo -exquisita recitadora- en la calle Belgrano, entre Balcarce y el Bajo, y la que discretamente dirigía Mariquita Sánchez de Thompson en su mansión de la calle Unquera, hoy Florida, donde se gestó la Sociedad del Buen Gusto. Fuera de ese ambiente social, hubo además peñas en los cafés tradicionales de la época como el Café de los trucos, que habría sus puertas en la esquina sur de la Plaza Mayor, el de Los Catalanes, en San Martín y Cangallo, particularmente, en el Café de Marcos, en la esquina de Alsina y Bolívar, donde Agustín Donado creó la Sociedad Patriótica y Literaria, desde la cual el verbo inflamado de Monteagudo proclamó que “la ignorancia es el origen de todas las desgracias y el más firme apoyo del despotismo”.

Las tertulias, tanto en residencias como en cafés, languidecieron durante el régimen de Rosas. Después de Caseros renacieron las inquietudes culturales y, con ellas, los salones literarios como el que abrió, ya madura, esa interesantísima persona de nuestras letras de "Una excursión a los indios Ranqueles". En las últimas décadas del siglo XIX los salones de Miguel Cané y Rafael Obligado cobijaron peñas de literarios, políticos y artistas.

Pero la peña bohemia y pintoresca que, lejos de salones y ateneos, se instalaría en los populares cafés y cervecerías porteñas, surgió con la llegada de Rubén Darío, quien importó esa costumbre tras sus vagabundeos por los cafés literarios de París y Madrid. Hasta el primer viaje del poeta nicaragüense a Buenos Aires, 1893, era posible ver por las noches, ante la mesa de un bar, a algún bohemio solitario que se aplicaba vehementemente a las tareas de vaciar copas y llenar cuartillas. Uno de esos personajes característicos fue Charles de Soussens, poeta suizo radicado - o refugiado - desde joven en Buenos Aires, por donde ambuló en busca de olvido y consuelo, según se dijo, después de una desdichada experiencia sentimental en Europa. El imán de la personalidad rubendariana lo trajo hacia su órbita, igual que a otros bohemios sueltos, náufragos de la madrugada porteña: Antonio Monteavaro, Antonino Lamberti, Alberto Ghirardo, Diego Fernández Espiro y algunos más. Con ellos, Rubén Darío hizo escala muchas noches en “La Helvética”, de San Martín y Corrientes - frecuentado por los periodistas de “la Nación” - ; en los bares de “Monti”, “Luzio” o en la cervecería “Auer’s Keller”.

*Monti, Luzio y Aure’s son templos.
Allí se excluyen las políticas,
se muestran líricos ejemplos,
vuelan las odas y las críticas.*

Esta es una estrofa de “Versos de Año Nuevo”, que Darío escribió años más tarde,

recordando sus felices días -o noches- de bohemia en Buenos Aires. Esta es otra ingeniosa cuarteta de ese poema:

***Kants, Nietzches y Shopenhauers,
ebrios de cerveza y de azur,
iban, gracias al calembour,
a tomarse su chop en Auer's.***

Las peñas de escritores, periodistas y artistas proliferaron después de la partida de Darío, en 1898, y éste frecuentó algunas de ellas en sus posteriores visitas, en 1906 y 1912.

Entre los mas famosos escenarios de peñas de comienzos de siglo hay que mencionar el café de "Los Inmortales", en la calle Corrientes al 900 -donde hoy está la sastrería Cervantes-. Solamente "Los Inmortales" merecería una conferencia o un libro, como el que precisamente le dedicó Vicente Martínez Cuitiño, aunque no todo lo que contó sobre el famoso café haya sido cierto. Un día, don Roberto Giusti me dijo que Martínez Cuitiño había incluido en su libro "hasta a los que pasaban por la vereda de enfrente".

Durante muchos años persistieron las dudas sobre el verdadero nombre de "Los Inmortales" y sobre quien fue el que lo bautizó de ese modo, dudas que he tratado de dilucidar en mi libro, pero lo cierto es que dicho establecimiento representa un mito insoslayable de nuestra vida literaria y cultural. Allí, según me relató Edmundo Guibourg, que fue uno de sus parroquianos, se formó no una peña, sino un "archipiélago de peñas", entre las que sobresalían la de los autores teatrales, periodistas, pintores y políticos, en su mayoría anarquistas. Entre los políticos concurrían los socialistas Alfredo Palacios y Mario Bravo, así como el uruguayo Emilio Frugoni. Dar nombres significaría hacer una lista fatigosa. Baste mencionar a los principales animadores de tertulias: Florencio Sánchez, Charles de Soussens, Antonio Monteavaro, Evaristo Carriego, Agustín Riganelli, Alberto Ghirardo, José de Maturana. Rodolfo González Pacheco y Enrique García Velloso. En "Los Inmortales" se creó una sociedad de autores teatrales que fue el germen de la actual "Argentores", y también surgió allí la idea de un instituto nacional para cursar estudios de arte dramático, o sea lo que hoy es el Conservatorio Nacional de Música y Arte Escénico. A veces concurría a "Los Inmortales" José Ingenieros con Soussens y una *troupe* de bohemios funambulescos de la peña "La Syringa". El eminente médico y criminólogo, el autor de numerosos libros científicos y de psicología social, el activo militante socialista (como Lugones y Giusti en esa época) era simultáneamente un caballero atildado, con cierto prestigio donjuanesco, y un entusiasta animador de peñas, a cuyos integrantes mas famélicos solía auxiliar generosamente. A la vez Ingenieros era un temperamento desenfadado, que exteriorizaba a

través de la burla o tomadura de pelo, esa discutible versión porteña del “titeo” español que nosotros identificamos con el vocablo cachada y de la que tal vez Ingenieros fue precursor. Giusti me contó que el también concurría a “Los Inmortales” así como a “La Brasileña”, de Maipú entre Corrientes y Sarmiento, y al restaurante “Ferrari”, en Sarmiento y Uruguay donde tenían lugar sus célebres almorzáculos, de los que participaban por lo general, los redactores y colaboradores de la revista “Nosotros” y donde se agasajó a Enrique Gómez Carrillo, Vicente Blasco Ibáñez, Ramón del Valle Inclán y José Ortega y Gasset.

Pero antes de abandonar “Los Inmortales” digamos que por uno de sus “archipiélagos de peñas” pasó una mujer, la primera que hizo entre nosotros vida de café y la primera, también, que se animó a fumar en público: la actriz uruguaya Ángela Tesada, a quien se atribuía una relación sentimental con Ingenieros.

En las primeras décadas del siglo se formaron peñas en otros locales, como el “Guarany”, situado en la angosta Corrientes frente a “Los Inmortales”; el ya nombrado “La Brasileña”, “La Armonía”, “El Seminario” y el antiguo “Tropezón” de Callao y Bartolomé y Mitre como así en las trastiendas de algunas librerías céntricas y en las redacciones de los principales diarios.

Un acontecimiento de la época fue la aparición de “Caras y Caretas”, revista festiva, literaria, artística y de actualidades que leía toda la ciudad, sin distinción de clases sociales. Uno de los fundadores y, durante muchos años animador de la revista, fue Luis Pardo, que firmaba con el seudónimo Luis García. Era quien escribía los comentarios de actualidad, en verso, ilustrando generalmente los dibujos de José María Cao o de Eduardo Álvarez. Luis García tenía una gran facilidad para versificar y un ingenio centelleante. Una fuga de presos de la penitenciaría de Las Heras inspiró, por ejemplo, el siguiente dístico:

*A estos presidiarios úneles
su gran pasión por los túneles*

Otra vez, saludando a Rubén Darío publicó estos versos que parodiaban el estilo del gran poeta:

*Es del arte experto nauta,
buzo y bonzo; de las perlas costosísimas se incauta
y en la flauta de sus rimas las incrusta pronto y bien.
La gran flauta, la gran flauta
la gran flauta de Rubén.*

Pardo fue otro fervoroso precursor de peñas y dirigió una que reunía colabo-

radores y aspirantes a colaborar en el “New Bar” situado en Venezuela y Bolívar, próximo al local de la revista. Del “New Bar” de Florida abogaban por una renovación estética, los Boedo -admiradores todos aquellos de la Revolución Rusa- propugnaban por un cambio social. Leónidas Barletta, en su libro *Boedo y Florida*, acertó a sintetizar las motivaciones de esa suerte de guerrilla literaria afirmando que Florida quería la “revolución para el arte” y Boedo “el arte para la revolución”. Salvada la circunstancia de que la mayoría de los escritores de Florida no vivían en el centro y tampoco los de Boedo residían en este barrio, las acusaciones de los “proletarios” respondidas por los presuntos “pitucos” o “cajetillas” en forma casi siempre humorística, sirvieron para estimular la creación de editoriales y despertar en la población el interés por la cultura nacional.

Algunos restaron importancia a aquella hostilidad y hasta negaron que haya existido. Eduardo González Lanuza, expresó: “La realidad histórica de esa división es bastante discutible desde cualquier punto de vista desde la que se la mire a no ser el de una avisada generación que conoce bien los recursos de la propaganda y sabe hacer que la gente se ocupe de ella”. Y Leónidas Barletta, que perteneció a la falange contraria, dijo; “De la disputa surgieron innegables beneficios: los de Boedo se aplicaron a escribir cada vez mejor y los de Florida fueron comprendiendo que no podían permanecer ajenos a la política. Pero el beneficio más importante fue que la querrela llegó a apasionar a la gente y surgió entonces una literatura argentina y una maza de lectores de libros hasta entonces inexistente. La ilustración de la clase media corría por cuenta de los suplementos literarios de los grandes diarios y de las revistas semanales. Boedo y Florida, como adversarios, crearon la pasión del libro, de las exposiciones de pinturas, de los conciertos”.

Sin embargo a pesar de lo dicho, otros escritores sostuvieron la existencia de esa belicosidad. Tal es el caso de Elías Castelnuovo, a quien visité en su apacible refugio del barrio de Liniers para que, como protagonista y virtual caudillo de Boedo, me diera su versión.

“El origen del grupo Boedo -me dijo- se debió a un concurso de cuentos y versos organizado en 1923 por el diario “La Montaña”, cuya página de arte dirigía el poeta Juan Pedro Calou (muerto un año después), quien actuó como jurado. Resultaron premiados cuatro escritores jóvenes que se desconocían entre sí y que por efecto del dictamen se relacionaron mutuamente. El cuarto premio lo obtuvo Roberto Mariani con un relato que figuró más tarde en su libro *Cuentos de la oficina*; el tercero Leónidas Barletta, el segundo Manuel Roja, autor de una obra celebrada y premio Nacional de Chile, donde residió prácticamente toda su vida. Y el primer premio Elías Castelnuovo, también con una narración que figuró posteriormente en su libro *Tinieblas*. Álvaro Yunque obtuvo una mención especial. Esos cinco escritores noveles formaron originariamente el grupo Boedo.

Al preguntar a Castelnuovo sobre los lugares donde se reunían me informó: “No éramos tipos de café; incidentalmente nos juntábamos en comidas. Por lo general las reuniones eran en mi casa-bohardilla de Sadi Carnot 11, ya demolida. Por allí pasaron Roberto Arlt, César Tiempo, Mariani, Stanchina, Amorin (primo de Borges) y prácticamente toda la generación de Boedo. Una vez vino Mario Bravo. Ni él ni nosotros sospechábamos que esa calle, Sadi Carnot, llevaría un día su nombre. También nos reuníamos en la casa de Facio Haebecquer, en Caseros y Rioja. A veces llegaron hasta allí Armando Santos Discépolo, que vivía en frente, y Juan de Dios Filiberto. Otras veces nos encontrábamos en el café “El Japonés”, de Boedo y San Juan, al que también concurrían los payadores de Boedo. Homero Manzi, que vivía cerca, en la calle Garay y apareció un poco más tarde”.

Cabe señalar que frente a los traviosos muchachos de Florida, no todos los del bando contrario mostraron siempre el ceño adusto o agresivo. Fue precisamente alguien de sus filas, César Tiempo, quien urdió una superchería de insospechada repercusión al firmar con el seudónimo de Clara Béter el libro “Versos de una ...”. En Florida se originó otro escándalo parecido cuando Luis Cané fraguó una recopilación de versos dedicados a exaltar lesbianismos y la autocomplacencia narcisista de apócrifas poetisas. Necesario es recordar también que Florida y Boedo se unieron para refutar una declaración de la “La Gaceta Literaria”, de Madrid, en la que ésta afirmaba que el meridiano intelectual de Hispanoamérica pasaba por la capital española. En una hilarante respuesta, escrita en lunfardo para acentuar el localismo, los escritores argentinos trasladaban el meridiano al Buenos Aires. El último párrafo decía: “Espiracusen con plumero y todo, ante que los raje. Ché meridiano, hacete a un lao que voy escupir”.

Para finalizar con esta suerte de contienda entre Boedo y Florida, diré que escritores como Amorim, los González Tuñón, Ganduglia y Olivari, militaron simultáneamente en ambos grupos y que hasta Roberto Mariani, uno de los mas fogosos detractores de Florida -a quien los martinfierristas habían dirigido mordaces pullas- terminó colaborando en “Martín Fierro”. Ello justificaría, tal vez, el chiste de Arturo Cancela, quien alguna vez propuso unir a ambas fracciones bajo el lema “Floreto”.

Quiero recordar que en la década del treinta y a principios del cuarenta funcionaron varios locales frecuentados por escritores y músicos: “Los 36 billares”, de la calle Corrientes (había otro en la Av. de Mayo, que subsiste), donde tocaron las orquestas de Pedro Laurenz y Alfredo Gobbi (José Razzano era habitué) y “La Real”, de Corrientes y Talcahuano, donde hoy funciona una pizzería. Este era lugar de encuentro de Julio De Caro, Roberto Firpo, Enrique Cadícamo, el empresario teatral Alberto Ballerini y el ex-boxeador Luis Ángel Firpo. A veces iba Carlos

Gardel. Otra peña de “La Real” estaba constituida por gente de teatro y cine (Soffici, Petrone, Muiño, Magaña, etc.) Ulyses Petit de Murat me informó que cerca de “La Real” había una cigarrería donde compraba sus cigarros el potentado de la generación martinfierrista, Oliverio Girondo. En este establecimiento trabajaba un joven griego, muy tímido, aficionado al tango. Como había visto en la confitería a Gardel, por el que profesaba enorme admiración, le pidió un día a su amigo César Tiempo que se lo presentara. César Tiempo lo llevó ante Gardel y se lo presentó. El muchacho se puso a temblar y no atinó a decir una palabra. Aquel jovencito se llamaba Aristóteles Onassis.

Le toca ahora el turno a “El Puchero Misterioso”, una suerte de cantina en Talcahuano y Sarmiento bautizada así por el poeta y humorista Conrado Nalé Roxlo. Respecto de su nombre Nalé me aseguró que respondía a un doble motivo. El primero, cuya versión es la que más ha corrido por ahí, se debe a que servían un puchero mixto completísimo, en forma de monumental pirámide por solo 20 centavos. Eso era ya un misterio. Pero además, a los parroquianos que habían ordenado el célebre plato, les inquietaba ver, varios minutos después, que el abundoso condumio era alcanzado a través de un agujero abierto junto al mostrador por una mano de la que nunca se conoció al dueño. Esa mano velluda, sin cuerpo, que aparecía por el boquete sosteniendo el humeante fuentón, tenía, también, mucho de misterioso.

En “Borrador de memorias”, libro de Nalé Roxlo aparecido póstumamente, éste narró una anécdota ocurrida en la cantina donde se encontraba con otros poetas de la década del treinta. Anécdota que protagonizara otro singular personaje de la bohemia periodística: Augusto Gozalvo o El Tuerto Gozalvo.

Gozalvo era un periodista de “La Protesta”, donde firmaba críticas de arte con el seudónimo de Marqués de Játiva, que después evolucionó hacia el nacionalismo y escribió para el periódico “La Nueva República”, de Rodolfo Irazusta. Nalé cuenta que circulaban distintas versiones sobre la pérdida de su ojo derecho. “Para unos había desaparecido en la punta de una lanza en una revolución uruguaya; para otros se los arrancó con la uñas una amada celosa y bravía, y alguna noche le oí decir que se lo arrancó él mismo por apuesta”, cuenta Nalé.

El autor de “El Grillo” informó también que la nacionalidad del Tuerto Gonzalvo era dudosa pues oscilaba entre el Salto oriental y la ciudad de Játiva, en Valencia, y recordó luego que su ojo sano era de un celeste pálido de lejanía marina lo que unido a sus escasos cabellos de un rubio rojizo y a su rostro pecoso, le daba un vago aspecto nórdico; pero su ojo de vidrio era del color del tiempo, ambivalente, tornadizo y frívolo, pues con frecuencia lo empeñaba o vendía o traspapelaba - mejor sería decir trascopaba- en una noche turbulenta de alta presión alcohólica, y

entonces se ponía uno usado, comprado en los cambalaches de la calle Talcahuano. Así muchas noches apareció en las tertulias con ojos absurdos, como uno que nunca olvidaré: negro, profundo y rasgado que evocaba los ojos de las huríes del Profeta. Los clientes no habituales de *El puchero Misterioso* se sorprendieron muchas veces al oír gritar a un mozo en el mostrador: "¡marche una caña doble y el ojo del señor Gonzalvo!".

Era sencillamente que lo había dejado en prenda la noche anterior y ahora lo rescataba.

Cierta vez quiso entrevistarse con un encumbrado personaje, ministro o algo así, del que había sido compañero de bohemia periodística en lejanos años. Previendo que el otro hubiera olvidado su nombre cuando llegó a la antesala y el imponente ordenanza le dijo: -"¿A quién anuncio, señor?", Gonzalvo, con gesto del que el solo era capaz, se quitó el ojo y poniéndolo en la mano del azorado introductor, le dijo: -"Lléveselo; esa es mi tarjeta". Fue inmediatamente recibido.

De la misma época es "La Terraza", tradicional café de Corrientes y Paraná, y "La Perla" del Once donde Macedonio Fernández solía presidir una mesa que rodeaban Borges, Xul Solar, los hermanos César y Santiago Dabove, Brandán Caraffa y Enrique Fernández Latour. "La Terraza" fue el local que más se aproximó, por las características de sus peñas a "Los Inmortales", por que allí funcionó un archipiélago de tertulias: gente del teatro, del periodismo, de la literatura, del deporte y de la música popular. Roberto Tálice, Carlos de la Púa (apodado también "El malevo Muñoz"), Pablo Suero, Edmundo Guibourg, los hermanos Enrique y Raúl González Tuñón, Luis Angel Firpo y Enrique Santos Discépolo, se contaron entre los que frecuentaron el local. En su libro sobre Carlos de la Púa, Roberto Tálice refiere un episodio protagonizado por uno de los contertulios de "La Terraza", Ernesto Ponzio, autor del tango *Don Juan*, más conocido como el Pibe Ernesto. Había salido este de la cárcel de Rosario, tras cumplir con una de sus reiteradas condenas, cuando alguien quiso conocer las causas de sus reincidencias. Entonces, el Pibe Ernesto, para que su interlocutor no creyera que él era un delincuente de poca monta, le respondió en tono enfático y jactancioso: "Es cierto, tengo varias entradas pero todas por homicidio..."

A "La Terraza" acudían, como hemos visto, algunos individuos que no eran autores de sainetes, tangos o crónicas policiales, pero podían ser protagonistas de cualquiera de esos géneros. Sujetos presidiabiles entre los que resultaba posible inventariar "rateros", "punguistas", "cafiolos", y toda suerte de "reos" del hampa con los que tanto Carlos De la Púa como Eduardo Dughere (a) "El Diente", parecían hallarse a gusto. "El Diente" era el jefe de la reventa de "Critica", a quien Botana distinguía con su amistad. Tálice lo recordó como "uno de los puntales del

diario” y narró algunas anécdotas que hablan del porteño sentido de la amistad de Dughere. Fue él quien puso el dinero para imprimir “La crencha engrasada”, el reputado libro de poemas lunfardos de De la Púa, donde con extraordinario vigor y expresiva síntesis este poema popular trazó pequeños cuadros costumbristas que podrían reemplazar páginas y páginas de un tratado de sociología, como esta cuarteta de sombríos tintes crapulosos:

***La durmió de un casote. Gargajeó de colmiyo.
Se arregló la melena, y pitándose un faso
salió de la atorranta pieza del conventillo.
Y silbando bajito, rumbió p’al escolaso.***

Carlos De la Púa o el Malevo Muñoz era un gordo gigantón al que le gustaba engullir a cuatro carrillos “antes de que la tierra se lo comiera a él”, como dejó escrito César Tiempo. Un día se paró con un amigo ante la vidriera de una rotisería para contemplar una rueda de pollos asándose *allo spiedo*. Mientras se relamía siguiendo la vuelta de los pollos que iban dorándose y soltando lentamente su juguito, el Malevo Muñoz reflexionó en vos alta: “No me explico cómo, habiendo estas cosas, todavía hay tipos que piensan en mujeres...”

Hubo otras memorables peñas en “La Paloma”, bodegón de Santa Fe y Juan B. Justo, y en el café “La Puñalada”, de Rivadavia y Libertad. “Los Dos Chinos” se estableció una peña que animaba Héctor Pedro Blomberg, mientras José Luis Lanuza, el pintor Spilimbergo, los dibujantes Bourse Herrerra, el *Cholo* Velencia y los hermanos Bernabó, el crítico de teatro Jacobo de Diego y el poeta Octavio Rivas Rooney creaban la peña “Tupac Amaru”, que tuvo su asiento en el bar “Deux Mondes”, en la calle San Martín, a la vuelta de “La Helvética”. En el bar “El Ateneo”, de Carlos Pellegrini y Cangallo se reunía la peña de los actores: Enrique Muíño, Elías Alippi, Francisco Petrone, Angel Magaña; los directores Lucas Demare y Luis Moglia Barth y los guionistas Sixto Pondal Ríos, Carlos Olivari, Homero Manzi y Petit de Murat, quienes fundaron durante aquellos encuentros Artistas Argentinos Asociados.

En el sótano del “Royal Keller”, en Corrientes y Esmeralda, el poeta peruano Alberto Hidalgo creó la “Revista Oral”, una especie de audición radiofónica “en vivo y en directo”, por la que desfilaron los mas importantes escritores de la época. Borges, Oliverio Girondo, Norah Lange, Ricardo Güiraldes, Ulises Petit de Murat... En la “Revista Oral” se desarrolló un juicio literario a Alberto Gerchunoff en el que Jorge Luis Borges ofició de abogado defensor y Raúl Sacalabrini Ortiz de fiscal. Este último escribió una frase de Gerchunoff en una pizarra y después dijo que iría eliminando las palabras que sobrasen, fundamentando con chispeante ingenio sus tachaduras. Al final quedaron sólo dos o tres preposiciones.

Pero la peña mas famosa y la de mas larga vida -duró de 1926 a 1943- fue La Peña del “Tortoni”, creada en el subsuelo del antiguo café de la Avenida de Mayo 829 por Benito Quinquela Martín, Germán de Elizalde, Pedro Herreros, Tomás Allende Irigorri, Rafael de Diego, Juan de Dios Filiberto, Ricardo Viñes y otros artistas y escritores a quienes se unió después la poetisa Alfonsina Storni. La Peña del “Tortoni” auspició conferencias, exposiciones, conciertos, y en su sótano actuaron a su paso por el país, los pianistas Arturo Rubinstein y Alejandro Brailowsky, la cantante Lily Pons, los conferencistas Luigi Pirandello, Filippo Tommaso Marinetti - creador de “futurismo” - , Gregorio Martínez Sierra, Ramón Gómez de la Serna, José Ortega y Gasset, y Federico García Sanchís. Cuando éste ocupó la tribuna de La Peña, abusó tanto de la palabra que ya los asistentes empezaban a cabecear. Entonces el poeta Ernesto Palacio le alcanzó un papelito en el que había improvisado la siguiente cuarteta:

*Señor García Sanchís:
a su oratoria barata
aquí la llamamos lata.
¿Cómo se llama en Madríz?*

Son muchas las anécdotas que tuvieron por escenario el sótano del Tortoni y que no voy a contar para no extenderme demasiado y correr el riesgo de que alguno de ustedes me pase un papelito con una improvisada cuarteta. Solo acordaré aquella narrada por Raúl González Tuñón cuando el, junto con Nicolás Olivari y Carlos de la Púa recitaban sus versos de fuerte contenido social y arrabalero, y vieron llegar a instalarse a un señor elegante, de rostro conocido, que se acercó a estrechar sus manos cuando terminó la lectura de poemas. Era un porteño típico, era el presidente de la República, don Marcelo Torcuato de Alvear, que había salido de la Casa Rosada y, caminando lentamente por la Avenida de Mayo, recaló en el Tortoni. ¡Feliz época en que los presidentes caminaban solos por la calle y se interesaban por asistir a una lectura de poemas!.

Otra importante peña de Avenida de Mayo, aunque de vida mas efímera, fue “Signo”, también instalada en un sótano, el del Hotel Castelar. Sus principales animadores fueron Oliverio Gironde, Norah Lange, Pablo Rojas Paz y su esposa, Roberto Ledesma, González Carbalho, Augusto Mario Delfino, Lysandro Z. D. Galtier, Amado Villar y otros. Estos escritores inauguraron una modalidad distinta de reunión literaria, una suerte de club elegante donde se hablaba de literatura, se criticaba a colegas ausentes y se bailaba al compás de una música de gramófono. Fue la primera peña que hombres y mujeres se mezclaron en una camaradería sin tabúes, soslayando los tradicionales prejuicios de una sociedad todavía pacata.

Petit de Murat me dio su versión del fin de “Signo”, en el que intervino, según se relató, el crítico teatral Pablo Suero, al que apodaban “las mejillas mas aplaudidas de Buenos Aires”, ya que sus comentarios mordaces, incisivos, suscitaban a menudo la airada reacción de autores, actores y directores de escena. Suero era, además de crítico sarcástico, un hombre ingeniosísimo. Una vez encontró a Armando Discépolo, a quien había criticado pocos días antes, y lo saludó. Discépolo, mirándolo serio, le dijo: -“Yo no lo conozco”. Entonces Suero, rápidamente le contestó: “Usted me confunde con la gramática”. Una noche llegó Suero al subsuelo del Castelar y proclamó que después de haber estado leyendo los griegos se sentía “poseído por una gran serenidad helénica”. Pero al poco rato provocó una batahola en la que volaron sillas y botellas. Ese fue el final de “Signo”.

Durante esos años se produjeron importantes cambios que no llegaron a modificar excesivamente el panorama costumbrista de la ciudad. Aún existían esos característicos cafés con billares y el palco para la victrolera donde a veces actuaban orquestas típicas, algunos de ellos verdaderos “púlpitos” del tango, que documentaron en sus magníficas telas Felipe de la Fuente y Carlos Torrallardona. En otros locales subsistían las famosas “orquestas de señoritas” cuya elegía entonó en tiernos e irónicos versos María Elena Walsh:

*Eran rubias, llevaban flores
en el pelo y en la cintura.
Se movían como muñecas
con tristísima compostura.*

Por otra parte, la presencia coincidente en 1934 de Federico García Lorca y Pablo Neruda dio pretexto a una interminable serie de comidas, agasajos y reuniones en las que tanto el andaluz como el chileno, amigos de la noche y la jarana se prestaron con deleite.

Una tarde conversé con el recientemente fallecido Lolo Bourse Herrera, dibujante, periodista, hombre de “Crítica”, así como de “El Mundo” y otras publicaciones de Haynes, pero sobre todo bohemio irredimible que no recordaba haberse acostado temprano jamás. Su vida fue la noche, la calle, las copas y los amigos.

“Durante los años ‘30 y ‘40 los cafés eran de hombres solos -rememoró en aquella charla-. Había casi siempre un “Salón para familias” separado por una mampara bastante cursi, de vidrio o *vitraux*, para los que se atrevían a ir con un romance oculto. Pero al café acudían, por lo general, hombres que trataban de eludir el drama de su soledad. Los cafés de antes eran para echar traste. El hombre llegaba y pedía “La Prensa”, pedía “La Nación”, pedía la Guía Telefónica, y podía estarse en el café casi todo el día. No existía consumición obligatoria. Con 20

centavos, 15 del café y cinco de propina, el individuo podía mitigar su tedio de hombres solos, su angustia de hombres sin destinos. Otro caso era el del porteño que buscaba el café porque el ambiente de su casa solía ser aburrido. Las mujeres propias eran entonces muy aburridas y muchos porteños iban al café para olvidar sus vidas grises, monótonas.

En cuanto a las peñas, las hubo, efectivamente en todos los café. Era por lo general una rodeada por un grupo de amigos de edad pareja e ideas más o menos comunes. Pero la peña específicamente literaria o artística está unida al concepto de bohemia y este último al de una vida distinta, marginal. Buenos Aires fue siempre una ciudad hostil para los seres que escapaban al rasero común, esos que Darío llamó “los raros”, los trasnochados o trasnochadores. En mi época de muchacho -evocó Bourse Herrera- se hablaba de la insolencia de Alfredo Palacios, de andar como Alfredo Palacios, con sombrero aludo, melena y bigote mosqueteriles. Si a un inglés se le ocurría salir a la calle con las alas cachas del sombrero le hacían trompetillas. No estaba permitido diferenciarse. Todos se vestían de oscuro, como empleados de banco. El hombre argentino se vistió con gran solemnidad hasta 1950, más o menos. El porteño nocheo antes de “hacer la noche”, pasaba por su casa para cambiarse. No usaba la misma ropa que las horas del día y debía tener una camisa blanca, de seda, corbata y traje oscuro.

Volviendo a la peñas literarias -habla siempre Bourse Herrera- puedo asegurar que nadie las conocía. No existían entonces los medios de comunicación y los seres que manejaban las peñas era personas distantes. ¿Quién conocía a Lugones? Lugones no tenía rostro para el pueblo. Podía caminar por Florida, sentarse en cualquier café, y nadie sabía que ese señor era Lugones. La soledad, la timidez del hombre de Buenos Aires fue siempre tan extraordinaria, sobre todo el temor al ridículo o a molestar, a salirse de los cánones establecidos, que nadie se atrevía a irrumpir en las peñas de otros. Además, la gente de antes no toleraba agresiones ni abusos.

En la década del '50 se produjeron algunos intentos aislados tendientes a reanimar la grata costumbre de las peñas. En el café “El Ateneo”, de Carlos Pellegrini y Cangallo, funcionó una de gente de teatro y letras denominada “La Cofradía”, que tuvo corta vida. En un café de Sarmiento y Paraná, derribado cuando se inició la construcción del Teatro Municipal General San Martín, se mantuvo algún tiempo la peña de los cirqueros. Concurrían payasos, malabaristas, equilibristas y domadores desocupados. El circo estaba en decadencia y el lugar funcionaba como bolsa de trabajo. A veces conseguían un “bolo” en televisión o como “número vivo” en un cine, hasta que esa posibilidad también se frustró. Uno de los famélicos cirqueros me comentó una noche que un rato antes había pasado por ahí una amiga contorcionista. “Estaba muy contenta” -me dijo- pues había conseguido un trabajo de

dactilógrafa”. Después me contó el caso de un payaso que estaba trabajando como sepulturero en la Chacarita.

Las peñas comenzaron a declinar a partir de la década del '50. En su disgregación o decaimiento influyeron motivos políticos que analicé en mi ya citado libro. Pero no solo la política influyó en dicha decadencia. Posteriormente, hasta hoy, las inestables condiciones económicas, la necesidad del pluriempleo para sobrevivir decorosamente o satisfacer la adquisición de bienes impuestos por la publicidad consumista, la competencia pugnaz, fueron factores alienantes que en los últimos redujeron considerablemente el tiempo libre de los porteños, modificaron costumbres y atentaron, sobre todo, contra un estado de ánimo propicio a la reunión cordial y desinteresada entre colegas de un mismo gremio. Para el resurgimiento de la peñas faltó, así mismo, un contexto ambiental incitador. Nuestra ciudad, como prácticamente todas las ciudades del mundo, se ha ido despersonalizando a despecho de su progreso. La jungla de cemento y vidrios de la actual megalópolis avanza sobre todo resto de pintoresquismo e intimidad sentimental. Cada día hay menos establecimientos públicos aptos para la tertulia, y los porteños, requeridos por otras urgencias y preocupaciones, han perdido el hábito de reunirse, al menos con la morosidad, despreocupación, y alegría con que lo hicieron nuestros padres y abuelos.

Todo esto no significa que las peñas desaparecieran por completo. Hasta bien entrada la década del '50 perduraron algunos cenáculos de escritores y artistas y aún existen peñas aisladas, aunque todas ellas carecen de la proyección que llegaron a alcanzar las referidas en esta charla. Habría que nombrar, en Avendida de Mayo, la peña que a fines del '50 y comienzos de la década del '60 se reunía en el “Tortoni”, integrada por los jóvenes escritores que hacían la revista literaria “El Grillo de Papel”, Liliana Hecker, Horacio Salas, Isidoro Blaisten, Ricardo Piglia, Humberto Constantini, Arnoldo Liberman, Vicente Battista, Ramón Plaza y otros. Quizás sea el “Tortoni” el café que mas peñas sigue albergando, hasta el presente, gracias al espíritu abierto y hospitalario de su gerente Roberto Fanego, quien rehabilitó la antigua bodega para realizar espectáculos, exposiciones y presentaciones de libros.

En los últimos años, las tertulias literarias parecen haber sido reemplazadas por los talleres literarios. No obstante, suele verse a jóvenes poetas y narradores en los bares “El Foro”, “Ramos” y “La Paz”, de la calle Corrientes, en el tramo que va del Obelisco a Callao, ámbito inembargable de la juventud intelectual porteña, así como en algunos bares de San Telmo, Montserrat o Palermo Viejo, donde después de formales o informales lecturas de poemas o presentaciones de libros, jóvenes autores -y menos jóvenes- estiran la noche entre empanadas, vino o Coca-Cola. Es una bohemia más acorde con el espíritu y los gustos de la vida contemporánea,

pero una bohemia que, al igual que en otros tiempos, tiene por fundamento la amistad, sentimiento entrañablemente argentino que vinculó y dio vida a esas comunidades espirituales donde los porteños, generalmente solitarios y melancólicos, según Scalabrini Ortiz, buscaron el afecto y la solidaridad de sus semejantes.

He dicho que la amistad es un sentimiento típicamente argentino. Debí haber dicho “rioplatense”. A finales de la década de los '80, el librero y anticuario uruguayo Washington Pereyra empezó a congregar a un grupo de escritores, diplomáticos, periodistas, profesionales y empresarios unidos por el común amor al libro. Las tertulias, al modo de los almorzáculos de Roberto Giusti, se reunían y siguen reuniéndose a almorzar todos los miércoles. Pasaron por varios restaurantes y actualmente se dan cita en el comedor del Centro Argentino de Ingenieros de la calle Cerrito. En una tertulia mixta -asisten hombres y mujeres, aunque éstas en minoría- y casi todos los miércoles reciben a algún extranjero o argentino residente en el exterior a su paso por el país, cuya actividad se vincula con la cultura.

Las peñas han languidecido pero se resisten a morir. ¿Renacerán algún día con el vigor que tuvieron en la primera mitad del siglo?. Ahora que los argentinos estamos esforzándonos para consolidar nuestra convivencia democrática, hago voto para que regresemos a la práctica de esa antigua y un tanto olvidada costumbre de reunirse, juntarse ante una mesa de café para sentirse más próximos, más prójimos, a través del diálogo. Para que todo el país sea una gran peña en la que florezca, por encima de diferencias políticas e ideológicas, como en los viejos tiempos, la sonrisa de la amistad.